

público. El primer frontón se construyó en 1896, en el barrio llamado Colonia de los Arquitectos, y sus excelentes resultados animaron algunos capitalistas españoles á edificar otro, que se erigió en el extremo Sur de la Avenida de Bucareli. Ese frontón llamado "Fiesta Alegre," es un gran edificio, no inferior seguramente á los mejores de su clase en Europa. Tiene un hermoso frontispicio y el interior es amplio, elegante y grandioso. La *cancha* mide sesenta metros de largo. El público dispone de cómodos y extensos departamentos constituidos por graderías y palcos. Hay, además, tocador para señoras, salas de caja para las apuestas, habitaciones para los pelotaris, baño de regadera, cantina, etc. En su principio sólo se jugaba los domingos y los jueves; pero la afición del público hizo posteriormente que los juegos sean diarios, y á veces, por mañana y tarde. La mayoría de los pelotaris son vascos y extremadamente diestros en el juego. Débese este magnífico frontón á los afanes del Sr. D. Quintín Gutiérrez, acaudalado comerciante español y el principal de los empresarios. Costó el edificio unos \$150,000 sin el techo de cristal que en estos momentos se proyecta.

Base Ball.—También la colonia americana tiene sus juegos de pelota; sólo que éstos, por su manera especial, no requieren edificio, antes necesitan de una llanura abierta. Dos son los principales sitios en que las personas de esa colonia se entregan al higiénico sport, y ambos se hallan á los lados del paseo de Colón. En uno, situado al lado oriental, más allá de la estatua de Cuauhtemoc, juegan todas las mañanas caballeros y señoras valiéndose de la raqueta para aventar la pelota. Es esto un pequeño estadio cercado de alambrado y con una pequeña tribuna en la entrada. El otro, en que sólo juegan hombres, es un terreno del Gobierno que graciosamente se facilita al Club de jugadores. El juego entre los americanos no tiene más objeto que el solaz, pues rara vez se versan apuestas.



CAPÍTULO VIII.

MONUMENTOS Y PANTEONES—OBRAS ARTÍSTICAS—
SEPULCROS DE SANTA-ANNA Y JUAREZ.

L hacer la historia y descripción de la Plaza Mayor, hablamos algo acerca de la estatua ecuestre de Carlos IV, esa gran obra de arte que es considerada por su magnitud y perfección como la tercera estatua del mundo, y admirada por cuantos hombres ilustrados visitan la capital.

Gobernaba la Nueva España como virrey D. Miguel de la Grúa Talamanca, Marqués de Branciforte, y movido de gratitud hacia Carlos IV, que le confiara el virreinato, concibió el proyecto de erigir en honor de ese monarca una gran estatua en la Plaza Mayor de México. Al efecto, dirigió circulares al Arzobispo, prelados, Tribunales del Consulado, minería y la Inquisición, Universidad, colegios, grandes capitalistas, etc., dando noticia de la proyectada obra y pidiendo ayuda pecuniaria para ella. La fabricación de la estatua se encomendó á D. Manuel Tolsa, director del departamento de escultura en la Academia de Bellas Artes.

Impaciente se mostraba el virrey porque cuanto antes quedara erigida la estatua; pero debiendo ser ésta de obra lenta, se determinó colocar una provisional de madera y yeso, hecha igualmente por el insigne Tolsa, la cual estatua fué solemnemente inaugurada en Diciembre 9 de 1796, cumpleaños de la reina María Luisa de Borbón, esposa de Carlos IV. Con ese motivo hubo grandes fiestas que se prolongaron por varios días; se adornaron los edificios públicos, echáronse á vuelo las campanas de todos los templos, las salvas de fusilería y artillería atronaron los aires y en la noche hubo iluminaciones, fuegos artificiales y cena y baile en Palacio.

En el pedestal se veían estas inscripciones en letras de bronce, cuya lectura no podrá menos que provocar la risa del lector:

"El Excelentísimo D. Miguel de Branciforte, que sustituto en el gobierno de América Septentrional desempeña la real clemencia, con universal aplauso del Senado y pueblo mexicano, determinó el 9 de Diciembre, 1796, erigir á su costo esta estatua ecuestre de Carlos IV el óptimo, el piadoso, el feliz hijo de Carlos III, nieto de Felipe V, descendiente de San Luis y de San Fernando, porque conservando siempre una paz octaviana, por inspiración divina, no con menos clemencia que poder, y suficiente para otros muchos, sustenta dos imperios."

"El imperio de México tiene ya á la vista una imagen de su augusto Carlos IV, y contempla el real ánimo propagador de la religión, severo ministro de la justicia,

morada de clemencia, rayo de la guerra y templo de la paz; en una palabra, tiene un completo CARLOS, rey católico de España y de las Indias, á quien nos presenta vivamente figurado en esta estatua de bronce, y representado en sí mismo, el Excmo. D. Miguel de la Grúa y Branciforte, etc., etc., virrey de esta Nueva España.”

El eminente Tolsa continuó después con la obra de la estatua definitiva. Preparó



ESTATUA DE CARLOS IV.

con admirable acierto cuanto era previsible para el buen resultado de la fundición y *lance*, y el día 2 de Agosto de 1802 se encendieron los hornos, que fueron dos, y que contenían seiscientos quintales de metal. El terreno elegido para esta colosal operación fué el patio del Colegio de San Pedro y San Pablo. Los hornos ardieron desde las cinco de la tarde del día 2, hasta las seis de la mañana del día 4, hora en que se picaron los conductos por los que corrió al molde durante quince minutos el bronce fundido. El calor era tal, que costó la pérdida de todos los dientes al Sr. Tolsa, á causa de una gran inflamación que le sobrevino en las encías; pero el éxito fué completo. El molde había sido íntegramente cubierto por el metal, y México podía ufanarse de poseer la más grande obra escultórica de bronce, de una sola pieza, fundida en los dominios españoles.

La nueva estatua fué inaugurada el día 9 de Diciembre de 1803, y el virrey Iturrigaray, que gobernaba á la sazón, organizó fiestas iguales á las realizadas en 1796. El ilustre Tolsa fué objeto de las aclamaciones populares, y de las más altas demostraciones de estima por parte del virrey y la nobleza.

La estatua sacó de peso 450 quintales; es hueca, y tan grande, que en el día de la inauguración cupieron en el vientre del caballo 25 hombres, holgadamente, los cuales se introdujeron por una puerta que se dejó abierta en una anca y que después se soldó.

Realizada la Independencia, se creyó que no era decoroso para México la presencia de la estatua de un rey ibero en la plaza mayor de la capital de México, y por eso desde que entró el ejército trigarante á México, fué cubierta la estatua con un enorme globo de cartón pintado, y en 1824 fué llevada al patio de la Universidad, de donde fué trasportada al sitio que hoy ocupa en 1852. La subscripción abierta por el virrey Branciforte para los gastos del monumento produjo \$47,000; y la traslación de la Universidad al lugar actual importó \$17,300, incluso los gastos de reposición de los arcos del patio de la Universidad, que fué preciso destruir en parte para que pudiera caber la estatua.

El pedestal es sencillo, hecho de piedra de chiluca, y rodeado de una verja. El sitio elegido fué la entrada del antiguo Paseo de Bucareli y que es también el principio del Paseo de Colón, el mejor que hoy posee la ciudad. Ambas líneas, la de Bucareli y la del Paseo, forman un ángulo agudo, en cuyo vértice, que está al Norte, se levanta la estatua. Mide ésta 17 pies y 5 pulgadas desde la cabeza del monarca hasta la placa de bronce que pisa el caballo, y el mayor ancho de la pieza es de 6 pies 4 pulgadas. El largo es de 18 pies. El pedestal mide 18 pies 3 pulgadas de alto. La estatua es de gran mérito y sin duda no tiene igual en América. El rey aparece en traje de emperador romano en triunfo, y la anatomía, tanto del jinete como del caballo, la vida y naturalidad son irreprochables.

Sobre el pedestal, á ambos lados, Oriente y Poniente, hay dos inscripciones sobre mármol. La de la faz oriental dice así:

“El virrey D. Miguel de la Grúa Talamanca, Marqués de Branciforte, que gobernó la Nueva España desde 1794 hasta 1798, mandó hacer esta estatua de Carlos IV de Borbón, Rey de España é Indias, la cual fué colocada en la Plaza Mayor de México el día 9 de Diciembre de 1803, cumpleaños de la reina María Luisa, siendo virrey D. José de Iturrigaray. México la conserva como un monumento de arte.”

La inscripción del lado occidental dice así:

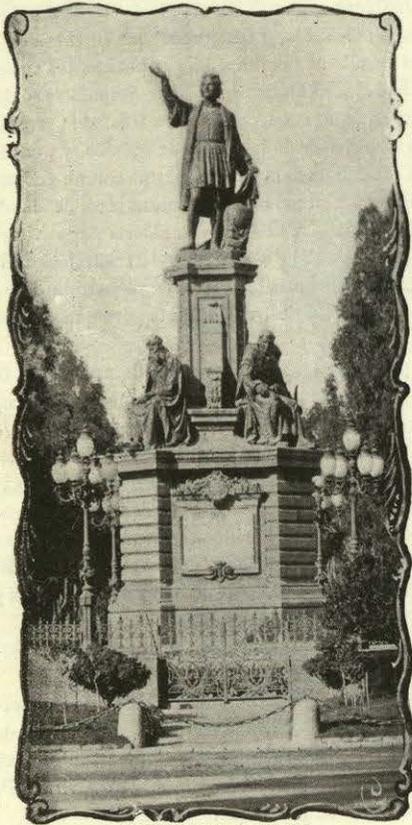
“El día 4 de Agosto de 1802 fué fundida y vaciada esta estatua en México, en una sola operación, con el peso de 450 quintales, por el Director de escultura de la Academia, D. Manuel Tolsa, quien la pulió y cinceló en catorce meses. Se trasladó en 1824 á la Universidad, y en 1852, siendo Presidente de la República Mexicana D. Mariano Arista, y Presidente del Ayuntamiento de México D. Miguel Lerdo de Tejada, se condujo y colocó en este sitio.”

Monumento á Colón.—Causa de legítimo orgullo es para México haber sido la primera ciudad del Nuevo Mundo que erigió un monumento en gloria de su inmortal descubridor, hecho que habla muy alto en pro de la cultura de este país.

Corresponde el honor de la iniciativa y de la ejecución de tan laudable proyecto

al opulento capitalista D. Antonio Escandón, quien costeó de su peculio los crecidos gastos originados por el bellissimo monumento.

En 1873 hallábase en París el Sr. Escandón, y queriendo poner en obra su propósito de levantar una estatua en México al ilustre Cristóbal Colón, encomendóla al artista Charles Cordier, famoso escultor de la capital francesa. En 1875 las esculturas fueron desembarcadas en Veracruz, y en 1877 se inauguró el expresado monumento en la primera glorieta del paseo que es conocido en el público con el nombre de Colón.



MONUMENTO A COLON.

El zócalo es octágono; mide cada uno de sus lados cinco metros de largo por ochenta y tres centímetros de altura, y está rodeado de un jardín que limitan postes unidos por medio de cadenas. Este zócalo está rodeado de una reja hermosamente labrada y de unos cuarenta centímetros de alto. Se asciende á él por cuatro escalinatas que corresponden á los puntos cardinales y en cuya parte superior hay otras tantas rejas que suben hasta el nivel de la baranda. A los lados de cada reja ó puerta se levantan dos grandes columnas de hierro en que descansan faroles para cinco luces con globos ovoides. El zócalo tiene pavimento de mármol y en el centro se yergue el monumento. El primer cuerpo es cuadrado con los ángulos truncados y

almohadillados. En la parte que ve al Norte, y sobre una lámina de mármol negro encerrada en marco liso de bronce, se lee esta inscripción:

“A CRISTÓBAL COLÓN.”

En la cara que da al Sur, está incrustado un óvalo de bronce, en el cual se lee este fragmento de la carta dirigida por Colón á los reyes católicos:

“Trigesimo die postquam Gadibus diocessi; in mare indicum perveni, ubi plurimas insulas innumeraris, habitatas hominibus reperi, quarum omnium pro felicissimo Rege nostro proeconis celebrato et vexillis extensis, contradicente nemini possessio

nem accipi primoque carum Dios Salvatoris nomen imposui, cujus fretus auxilio tam ad hanc quad ad ceteras alias prevenimus. Christophori Colom. Epist. Raphari Sauri.”

Más abajo está la dedicatoria en estos términos:

“Christophori Columbo hoc eterna admirationis testimonium erigi urbis mexicanae offereri voluit Antonius Escando. MDCCCLXXV.

En las caras que ven al Oriente y al Occidente se destacan dos cuadros con altos relieves, uno de los cuales representa el momento en que Colón se despidió del Padre Marchena para darse á la vela, y el otro, el instante en que Colón cae de rodillas en una de las islas Lucayas, dando gracias al Ser Supremo por el feliz é inolvidable éxito de su empresa.

Sobre este primer cuerpo y sentadas sobre el basamento del segundo aparecen las estatuas de los cuatro frailes elegidos por el Sr. Arango, que son Fray Juan Pérez de Marchena, Fray Diego de Deza, Fray Pedro de Gante y Fray Bartolomé de Las Casas. El primero fué el gran protector y apoyo de Colón en su empresa, hasta lograr que la reina Isabel la tomase en consideración y bajo su amparo decidido y entusiasta; el segundo sostuvo en las discusiones de Salamanca el proyecto colombino desde el punto de vista teológico; el tercero inició espléndidamente la obra de la civilización de los indios en los términos que ya hemos expuesto, y el cuarto fué el protector universal de la raza indígena, á cuya defensa acudió con celo admirable y mediante esfuerzos prodigiosos, entre los que se cuenta el de haber cruzado catorce veces el océano á la edad de 80 años y con el solo fin de defender la causa de los vencidos.

Por último, sobre el pedestal del segundo cuerpo se alza de pie la estatua de Colón, levantando con la mano izquierda el velo de sobre una esfera terrestre, y con la derecha dando gracias al cielo por el coronamiento de su maravillosa empresa. Todo el monumento es de mármol rojo, traído de Rusia á París especialmente para él, y con todo y estatuas tuvo de costo setenta mil pesos. La instalación, que fué por cuenta del gobierno, costó cuatro mil.

Las estatuas son de gran mérito, con particularidad las de los cuatro apóstoles mencionados. Las cabezas son admirables, no sólo por su anatomía, sino por la insuperable naturalidad de los rostros. Esté monumento constituye con la estatua de Carlos IV el mejor adorno artístico que posee la ciudad, y sin duda uno de los más notables de América. Contribuye al afecto grandioso de este monumento el excepcional horizonte que lo rodea. Le sirve de fondo al Sur, la arboleda lejana y el castillo ó palacio de Chapultepec; al Norte la ciudad, al Oriente y Ocaso las amenas llanuras del Valle.

También en la Plaza de Buenavista, cerca de las estaciones de los Ferrocarriles Mexicano y Central Mexicano, se levanta otra estatua de Colón, descubierta el 12 de Octubre de 1892, por iniciativa de la Junta nombrada para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América. El monumento es más sencillo. Consta de un solo cuerpo, sobre pequeño zócalo que rodea una reja; pero la estatua es de bastante mérito. Al inaugurarse ese monumento, pronunció ahí un discurso el Sr. Lic. D. Joaquín Baranda, Ministro de Justicia é Instrucción Pública y Presidente de la Junta, pieza oratoria que confirmó la elevada reputación literaria de su distinguido autor.

Monumento á Cuauhtemoc.—En la segunda glorieta levántase el monumento consagrado á Cuauhtemoc, el último de los emperadores aztecas y sus esforzados compa-

ñeros. El 27 de Agosto de 1877, siendo Presidente de la República el actual, se expidió la convocatoria para la presentación de proyectos de un monumento á aquel soberano. El 15 de Abril de 1878, el jurado calificador declaró que el mejor modelo era el



MONUMENTO A CUAUHTEMOC.

presentado por el Sr. Ingeniero Don Francisco M. Jiménez, que fué en efecto el que se puso en ejecución. La primera piedra del monumento se colocó el 5 de Mayo de 1878 y se inauguró el 21 de Agosto de 1887, aniversario del tormento sufrido por el soberano.

La planta del monumento es cuadrada, siguiendo aproximadamente la de los palacios de Mitla. Sobre este basamento se levantan cuatro contrafuertes, cada uno de grandes piedras salientes, dejando un espacio en cada una de las caras, que se llenaron, dos con relieves en bronce y dos con lápidas conmemorativas. La del frente contiene una inscripción que dice así:

*A la memoria
de Cuauhtemoc y de los guerreros
que combatieron heroicamente
en defensa de su Patria.
MDXXI.*

La lápida del lado opuesto dice lo siguiente:

*Ordenaron la erección de este
monumento,
Porfirio Díaz, Presidente de la República
y Vicente Riva Palacio,
Srio. de Fomento.
MDCCCLXXVII.*

Erigióse este monumento por mandato de Manuel González, Presidente de la República y su Secretario de Fomento, Carlos Pacheco. MDCCCLXXXIII.

En la cara que mira al Poniente, el bajo relieve representa la escena de la prisión de Cuauhtemoc. Este se halla en la actitud de tomar la empuñadura del puñal de Cortés, en el momento en que le pedía que le atravesara con él el corazón.

En la cara que ve al Oriente el bajo relieve representa la escena del tormento, en el instante en que el rey de los mexicanos, puesto al fuego, dirige al Señor de Tlacoapan, que se halla también en tortura, aquellas memorables palabras: "¿Por qué te

quejas? ¿Acaso yo estoy en un lecho de rosas?" Sobre este basamento se levanta el cuerpo medio de forma semipiramidal con un tablero en cada faz, en los cuales se hallan escritos con letras de bronce los siguientes nombres de los reyes aliados: "Cuitlahuac, Coanacoah, Cacama, Tepanquetzal."

Viene después la parte superior, que consta de cuatro grupos de tres columnas cada uno, separados por nichos en que se miran trofeos mexicanos de bronce. La forma de estas columnas está tomada de las que se hallaron en Tula y que corresponden á la arquitectura tolteca. El cornisamento de este cuerpo está tomado de los palacios de Uxmal y el Palenque. Toda esta parte del monumento está muy recargada de adornos simbólicos de las antiguas civilizaciones de México. Sigue una grada, y por último, el pedestal en que se levanta la estatua de Cuauhtemoc. El tablero del frente del pedestal lleva en bajo relieve el escudo ó jeroglífico de ese monarca, esto es, *Aguila que descendió* (significado de la palabra Cuauhtemoc), y aparece, por lo tanto, una águila descendiendo á tocar con el pico la huella de un pie humano. La estatua representa á Cuauhtemoc en actitud de combate, empuñando con la mano derecha levantada en alto la macana, y apoyado con la izquierda en su escudo. El rey está en traje de guerra; ciñe la diadema y penacho de plumas, y ostenta sobre el pecho la coraza de algodón y el manto real sobre sus hombros.

El monumento se levanta sobre un zócalo octágono, y dan acceso á él cuatro escalinatas, á ambos lados de las cuales se ostentan leopardos de bronce sobre pedestales de poca altura. La estatua, que pesa 2,301 kilogramos de bronce, y que es una verdadera obra de arte, fué hecha por el escultor mexicano D. M. Noreña, así como los bajo relieves y los ocho leopardos. Todo el bronce del monumento, inclusive los trofeos, lápidas, friso y decoración del pedestal, pesa 11,908 kilogramos, y el costo de todo él, inclusive la estatua, fué de \$97,914.21.

Enrico Martínez.—En el lado Este del jardín que rodea el atrio de Catedral, se erigió en 1878 un monumento ipsográfico, en honor del célebre cosmógrafo Enrico Martínez, el primero que inició la idea de una canalización de las aguas de los lagos vecinos á México, para el desagüe del Valle. Cuando tratemos de esa obra grandiosa, referiremos circunstanciadamente la empresa y merecimientos de Enrico Martínez, sus desvelos y contratiempos, sus desengaños y contradicciones. Para no repetir los mismos datos en el presente y en aquel capítulo, nos limitaremos por ahora á describir el monumento.

Este es cuadrangular en su base, de mármol de Yauhtepec y Tepeaca. Descansa en ella un pedestal sobre el cual se levanta una estatua representativa de México. Es una matrona que está de pie, vestida con el atavío romano de la paz, coronada con diadema y que apoya la mano derecha en una lápida vertical en que está escrito el nombre del cosmógrafo. El modelo de la estatua, que es de bastante mérito, fué hecho por el escultor mexicano D. Miguel Noreña y fundida en París, pues en aquella época no había en México el taller de fundición artística, que con gran éxito se ha establecido después.

Tres de los lados del pedestal están ocupados con inscripciones é indicaciones científicas, y el cuarto contiene la dedicación del monumento. En el lado oriental se halla el indicador del lago de Texcoco. Una aguja marca el nivel del lago. Los números de

la escala de referencia indican los metros bajo el nivel de comparación. En el lado del Norte consta la posición geográfica, esto es: Longitud, 6 h. 36 m. 26 s. 86; 99° 06' 42" 6 Oeste de Greenwich. Latitud, 19° 26' 04" 5 Norte. Declinación magnética, Abril de 1878, 8° 42' 52" Este. Plano de comparación: 1 metro sobre la tangente inferior del Calendario azteca (que como se ha dicho, hallábase entonces colocado en el lado Oeste de la torre occidental de Catedral). En el lado Poniente se lee: *Siendo Presidente de la República el Gral. Porfirio Díaz y Secretario de Fomento el Gral. Vicente Riva Palacio, se erigió este monumento. Año de 1878.* Plano de comparación: 2 metros 595 sobre la banqueta de la esquina N. O. del Palacio nacional, 1878.

En el lado Sur: *A la memoria del ilustre cosmógrafo, Enrico Martínez. El Ministerio de Fomento, 1878.* Plano de comparación, 2,268 metros sobre la marea media de Veracruz.

Haciendo girar la regla metálica aparece esta inscripción: "Lago de Xochimilco en 1862, por la Comisión del Valle."

Por último, en el zócalo del monumento se hallan marcados los niveles de los lagos de San Cristóbal y Xaltocan, así como en la parte superior de los tableros el nivel del lago ó laguna de Zumpango.

El monumento está rodeado de una pequeña reja cuadrilátera, en cuyos ángulos se levantan columnas de hierro que sostienen elegantes faroles. Desde la cabeza de la estatua hasta la base del zócalo del pedestal, se miden ocho metros de altura. La estatua, que es de bronce, pesa ciento veinte arrobas.

Sin desconocer el mérito de la escultura, juzgamos que la estatua referida ni representa con exactitud la ciudad de México, ni corresponde al objeto del monumento. Lo primero, por carecer completamente de los atributos ó emblemas propios de la ciudad. El traje es romano, y por lo mismo, distante del que debiera caracterizar una ciudad hispano-americana. Lo segundo, porque siendo elevado el monumento á la memoria de Enrico Martínez, salta á la vista que una estatua de éste debería ser la que se hallara sobre el pedestal.

Sin embargo, el monumento es un hermoso adorno para la ciudad, es útil, histórica y científicamente, y siempre será de alabarse que aunque sea en una inscripción se haya perpetuado la gratitud de la capital para con el insigne portugués, que la salvó de repetidos estragos y resolvió el problema de sus peligros en lo futuro.

Otros monumentos de menor costo existen en diversos sitios de la ciudad, como el de Guerrero, en el jardín de San Fernando; el de Morelos, en el jardín de la Santa Veracruz; el antiguo de Cuauhtemoc, en el Paseo de la Viga; los del Cura Hidalgo y Juárez, en el patio del Ministerio de Hacienda; las pequeñas estatuas erigidas por los Estados á distintos personajes en el Paseo de Colón y una multitud de monumentos que se levantan en los panteones, sitios notables en México por el arte con que la riqueza ha intentado, aunque en vano, contrarrestar las pavorosas miserias de la muerte.

Panteón Inglés y Americano.—En 1529 se concedió á Hernán Cortés, por cédula fechada en Barcelona, la propiedad de los terrenos en que hoy se levantan los panteones Inglés y Americano, que realmente son uno solo. Hállase este cementerio en el ángulo que forman la calzada de la Verónica y la del camino de Tacuba al Occidente de la ciudad y distante sólo algunos pasos de la antigua garita de San Cosme. Este

panteón se estableció en 1827, y más tarde la colonia americana adquirió una parte del terreno, que se halla cubierto de un hermoso bosque. El más notable pormenor de este panteón es el monumento levantado sobre el sepulcro en que fueron enterrados los cadáveres de soldados americanos que perecieron en el Valle de México en 1847 con motivo de la guerra de la invasión. Este monumento está formado por un zócalo de piedra con dos escalones, sobre los que se levanta una pirámide en la cual se lee esta inscripción:

"To the memory of the American soldiers who perished in this Valley in 1847, whose bones collected by their country's order are here buried."

Panteones Español y Francés.—Al tratar de la beneficencia pública hicimos alusión á los panteones de las colonias española y francesa de la Capital. El de la primera se halla al Occidente, más allá del pueblo de Tacuba, y el de la segunda al Sur, cerca del pueblo de la Piedad.

Ambos panteones son muy bellos; supera el español en la magnificencia de los mausoleos, y distínguese el francés por la amenidad del sitio, que es un positivo vergel. Siéntese ahí el respeto que infunde el misterio, pero sin la opresión de terror que inspiraban los antiguos panteones. Las flores que profusamente crecen sobre sus sepulcros son el emblema del amor y del recuerdo inextinguible que cubre aquellos despojos. Estos panteones, aunque establecidos por las colonias indicadas, reciben también cadáveres de mexicanos ó de cualquiera otra nacionalidad. No hay en ellos más que una sola clase. El sepulcro cuesta por seis años unos \$ 130.

Panteón de Dolores.—El principal de los panteones de la Capital es el de Dolores, situado á dos leguas hacia el suroeste, sobre el lomerío que se prolonga desde Tacubaya. Este panteón fué establecido á consecuencia del decreto expedido en 1874 para la clausura de los cementerios que había en el interior de la ciudad, y formación de otros conforme á las leyes de la higiene pública.

Está dividido en seis clases ó zonas, en cada una de las cuales varía el precio de los sepulcros, según las posibilidades de los deudos.

Siendo éste el panteón más popular, el que regularmente se elige para las inhumaciones, se comprenderá que es el más extenso. También ahí se ha formado un espeso bosque de fresnos, eucaliptos y otras clases de árboles, al par que los sembrados de los sepulcros constituyen un hermoso jardín. Hállase ahí la "Rotonda de los Hombres Ilustres," sitio especial, adornado con magníficos y costosos mausoleos, en el cual se han inhumado los cadáveres y osamentas de los hombres que á juicio de la autoridad merecían aquel dictado.

Mencionaremos además el *Panteón de la Piedad*, y los dos de la Villa de Guadalupe. El primero se halla poco distante del francés, y está destinado á la clase más pobre de la sociedad, y los otros dos se encuentran, uno en la cúspide del cerro del Tepeyac y el segundo abajo hacia el Oriente de la Villa.

El Panteón del Tepeyac.—Se formó éste en derredor de la pequeña iglesia erigida en el sitio en que, según la tradición, tuvo lugar la primera aparición de la Virgen de Guadalupe. Muchos sepulcros se cavan ahí en la roca viva, por lo que son frecuentes las momificaciones en ese panteón. Cúbrelo gruesa capa de tierra vegetal, sobre la que crecen bosquecillos de arbustos delicados. La inhumación en este cementerio es

la más costosa de todas. Descansan ahí los restos de algunos hombres prominentes, entre ellos los del General D. Antonio López de Santa-Anna, famoso en la historia de México independiente, y los del ilustre sabio Sr. D. Rafael Lucio, de imperecedera memoria en los anales de la Escuela de Medicina.

Panteón de San Fernando.—El único que queda de los antiguos, y el más monumental de ellos, es el Panteón de San Fernando. Debió su origen á la costumbre que fué estableciéndose de que los conventos tuvieran panteones anexos, algunos como éste y el de San Diego dispuestos para el servicio público, templo que aun está aplicado al culto católico. Al lado oriental del templo de San Fernando, en la plazuela ó jardín del mismo nombre, existe este panteón, que antes de que se designara la rotonda de los Hombres Ilustres en el de Dolores, fué elegido para sepultar en él los cadáveres de las personas prominentes. Permanece clausurado desde 1871, en el sentido de que desde esa fecha no se hacen ya inhumaciones, pero es permitida al público la entrada.

Hállanse ahí los sepulcros de D. Benito Juárez, General D. Ignacio Zaragoza, General D. Tomás Mejía, y de otros muchos hombres notables en nuestra historia moderna.

Uno de los sepulcros que más llaman la atención de quienes conocen las tradiciones de nuestra época en la Capital, es el de la Srita. Escalante, formado por una pirámide de mármol blanco truncada. Fué esa señorita la prometida del célebre estadista, político y literato, Lic. D. José María Lafragua, y en los momentos en que el vínculo del matrimonio iba á unirlos para siempre, sobrevino á la novia una muerte repentina. Gran sensación causó ese suceso en la sociedad de aquellos días y no poco quehacer dió á los literatos el siguiente dístico que el Sr. Lafragua mandó grabar en el mausoleo que nos ocupa:

“Llegaba ya al altar feliz esposa,
Ahí la hirió la muerte, aquí reposa.”

El mausoleo del Sr. Juárez es sin duda el más notable de este panteón. En 18 de Abril de 1873, el Congreso aprobó un decreto mandando erigir un monumento en el sepulcro del Sr. Juárez, y el Ministerio de Gobernación expidió la convocatoria para que le fueran presentados proyectos. De éstos fué aceptado el que presentó el artista D. Juan Islas, y él mismo ejecutó el monumento que nos ocupa. Está encerrado dentro de una columnata, con rejas entre columna y columna. Es de mármol blanco de Carrara y representa al Sr. Juárez tendido, con la cabeza reclinada en el regazo de una mujer que representa á la Patria afligida y llorosa.

Este monumento se inauguró el 18 de Julio de 1880, aniversario de la muerte del Sr. Juárez, acaecida en el 18 de Julio de 1872. Cada año, en esa fecha, las logias masonicas hacen una ruidosa manifestación pública que termina ante ese sepulcro.

No lejos del sitio mencionado, estaban hasta hace poco los restos del General D. Miguel Miramón, que hoy se hallan en la Catedral de Puebla. El Panteón de San Fernando es objeto de solícitos cuidados por parte del Ayuntamiento.

CAPÍTULO IX.

SITIOS HISTÓRICOS—EL VOLADOR—EL ANTIGUO ARZOBISPADO
—BOSQUE Y CASTILLO DE CHAPULTEPEC.

EN México todo habla del pasado, y recuerda epopeyas que aun no se destacan en toda su magnitud, porque para la perspectiva de los grandes hechos históricos se requiere la lejanía de los siglos.

Necesaria fuera una serie de monografías para exponer pormenorizadamente cuanto la tradición y los monumentos enseñan acerca de los lugares históricos de la capital mexicana; mas en una obra sintética como la presente, nos limitaremos á rasgos generales, que comprendiendo lo sustancial no contengan minuciosos detalles.

Casas del Conquistador.—Prosiguiendo el orden establecido, partiremos nuevamente de la Plaza Principal. Ya hemos hablado del Palacio Nacional, Catedral y Palacio del Ayuntamiento, que la circundan por el Oriente, Norte y Sur; volvamos ahora la vista al Occidente. La acera de ese viento y el costado occidental del gran templo, forman ancha calle que lleva el nombre de El Empedradillo; hállase allí el actual *Monte de Piedad* y otras casas que llegan hasta formar esquina en la calle de Tacuba por el Norte, y la del Cinco de Mayo por el Sur. Esas casas, inclusive la del Monte de Piedad, fueron las del conquistador D. Hernán Cortés, y ocupan el sitio en que se hallaba uno de los palacios del emperador azteca.

En esas casas se estableció por algún tiempo el Palacio del virrey y despacho de la Real Audiencia, así como el del Correo Mayor. Los edificios eran de cal y canto, con techos de cedro, grandes patios y amplias habitaciones. Constaban de dos pisos. La parte baja estaba ocupada por comerciantes y la alta por los funcionarios expresados. Allí vivió Cortés y permaneció el gobierno virreinal, hasta que fué comprado al mismo conquistador el otro palacio de Motecuhzoma, que es actualmente, como se ha dicho, el Palacio Nacional. Las casas del Empedradillo permanecieron en poder de los herederos del conquistador hasta el año de 1836, en que fueron compradas al dueño de ellas, Sr. D. Lucas Alamán, representante del Duque de Monteleone (descendiente de D. Hernán) en la cantidad de \$ 107,000, para establecer en ellas, en las conocidas con los núms. 7 y 8, el Nacional Monte de Piedad.

El Volador.—Hacia el Sur de la Plaza Principal existía hace poco el Mercado del Volador, solamente separado de la primera por una bocacalle. El terreno era una ciénega perteneciente al palacio nuevo de Motecuhzoma, que pasó á poder del conquistador Cortés. Ese terreno comprendía todo el sitio en que hoy se levantan los nue-

vos almacenes fabricados por el Ayuntamiento, el resto de mercado que aun queda allí y el magnífico edificio que sirve de Conservatorio Nacional de Música, que fué erigido para la Universidad. Llamábase Mercado del Volador, porque es fama que en los tiempos precolombinos se verificaba allí el atrevido y célebre juego acrobático de el *volador*, según lo dejamos anotado en la primera parte de este libro. El sitio á que hacemos referencia sirvió además de mercado, de plaza de toros, cuando se celebraba en México la llegada de nuevo virrey ó la coronación de algún monarca ibero.

El antiguo Arzobispado.— Este edificio, en el cual se halla hoy la Imprenta del Gobierno y algunas otras oficinas públicas, fué construido por los preladados de México en parte del sitio que ocupaba el Templo Mayor, ó de Huitzilopochtli, al costado Norte del Palacio Nacional. No es poco lo que se ha discutido acerca de la verdadera situación del templo azteca; pero en presencia de los mejores documentos, afirmamos que él comprendía todo el espacio ocupado actualmente por la Catedral, Sagrario, Hotel del Seminario, la manzana del Arzobispado, la que forman las calles de las Escalerillas, primera de Santo Domingo (acera oriental), calle de Cordobanes y parte de Monte Alegre. El costado Sur del templo corría exactamente por la línea trazada de la acera Norte de la calle de Plateros al Arzobispado. Por manera que éste fué erigido en el terreno sureste del gran Teocalli. El primer Obispo y Arzobispo de México, Dr. Fray Juan de Zumárraga, comenzó la construcción del Palacio Episcopal en 1530, y varios de sus sucesores fueron ampliando y hermoheando el edificio hasta el año de 1867, en que fué ocupado por el gobierno republicano. Este palacio eclesiástico fué habitado por treinta y tres preladados, habiendo sido el último el Illmo. Sr. Dr. D. Lázaro de la Garza y Ballesteros. Pero uno de los hechos que más notoriedad histórica dan al ex-arzobispado, es que fué allí donde ocurrió el indio Juan Diego llevando en su tilma las rosas recogidas en el árido cerro del Tepeyacac, como prueba de que en aquel sitio se le había aparecido la Virgen de Guadalupe y que, según la creencia de los católicos de México, al desdoblarse su tilma el indio para mostrar las flores á Fray Juan de Zumárraga, apareció de nuevo milagrosamente pintada en ella la portentosa imagen.

Del antiguo Arzobispado queda sólo una parte; pues considerable porción de él fué vendida á particulares, que edificaron en ella las casas que hoy se levantan en la acera occidental de la calle cerrada de Santa Teresa.

Bosque y Castillo de Chapultepec.— Al sudoeste de la ciudad destácase profusa y gigantesca arboleda, entre cuya enorme bóveda sobresalen los muros, miradores, galerías, torres y columnatas de vasto y caprichoso palacio, á que se da el nombre de castillo: es el bosque de Chapultepec, hermoso, imponente, más que por sus colosales ahuehetes antdiluvianos y cubiertos de heno, por los recuerdos históricos que despierta en la mente del viajero. En el centro de ese bosque yérguese ancho y elevado peñón de pórvido, casi monolítico, desde cuya cima se domina todo el risueño y espacioso Valle de México.

Ahí han tenido residencia todos los soberanos del país, desde los primeros emperadores aztecas hasta el actual Presidente de la República. Bajo árboles de troncos que admiran por su diámetro y su corpulencia, discurrieron los Motecuhzoma, en la plenitud de su poderío y de su grandeza, admirada por los súbditos de Carlos V. Ahí me-

ditó Iturbide sus proyectos de opulencia; vivió ahí Maximiliano, y experimentó en la soledad majestuosa de aquella selva bañada silenciosamente por la luna, los primeros calosfríos que presagiaban á su espíritu soñador el terrible desenlace de su imperio. Guarda este bosque las más palpitantes alegrías y los terrores más hondos de cuantos han dominado el Anáhuac. Es como el bosque sagrado de la historia mexicana, en el que el alma se siente inundada de cierto respeto religioso. En la cara de dos grandes rocas que dan entrada á una gruta, hacia la faz boreal del peñón, adviértense todavía esculpidos con formas gigantescas los retratos y emblemas de Motecuhzoma I, Ahuizotl y Axayacatl.

En tiempo de la conquista, Chapultepec no estaba como en nuestros días, aislado de todo vecindario. Muchas huertas y casas de recreo lo circundaban. Es un hecho que junto al bosque actual tenía Motecuhzoma una huerta que se llamaba Zacatitlán (subiendo hacia las lomas), situada probablemente en dirección al actual Panteón de Dolores.

Más hacia el Norte, en lo que es hoy el Rancho de Anzures, también junto á Chapultepec, tuvo una gran huerta de recreo la célebre Malintzín, ó sea Doña Marina, que tan poderosa influencia ejerció en la conquista. La mayor parte de los historiadores aseguran que en ningún documento vuelve á hacerse mención de aquella interesante mujer después del viaje de D. Hernando á las Hibueras. Ella se pierde y esfuma como una vista disolvente á los ojos de los cronistas; pero en una acta de cabildo de México, y que corresponde al 14 de Marzo de 1528, se habla de Doña Marina con motivo de la merced que le hizo el Ayuntamiento del terreno á que nos referimos. Ese terreno medía un cuadro de 250 pasos por lado. Cuando el conquistador abandonó á Doña Marina, en la que tuvo á D. Martín Cortés, el bastardo, ésta casó con Juan Jaramillo, comandante de uno de los bergantines que construyó Cortés para el sitio de México, hombre de valía y que desempeñó después cargos de importancia, como el de regidor, apoderado del Ayuntamiento y primer alférez real de la ciudad. Tenía dos casas habitaciones, la de la huerta de Chapultepec á que aludimos, probablemente para recreo en verano, y otra en la llamada calle de Medinas, según las minuciosas investigaciones hechas por el sabio historiador D. Lucas Alamán. Doña Marina, pues, vivió muchos años posteriormente á la conquista en unión de su esposo, rodeada de grandes consideraciones en México y de la opulencia que le proporcionaron sus méritos para con los vencedores y la ventajosa posición social de su marido.

Desde aquellos días Chapultepec ha sido el lugar público de recreo, según se deduce claramente de las actas de cabildo, y tanto los soberanos aztecas como los virreyes y gobernantes mexicanos han procurado hermohearlo y conservar los vetustos y hermosísimos sabinos que lo forman, así como agrandar y hermohear el castillo. En los tiempos modernos, el recuerdo más glorioso que encierra Chapultepec es el de la heroica defensa que hicieron los jovencitos del Colegio Militar contra los invasores americanos en el año de 1847. Un monumento erigido al pie del peñón, en el lado oriental, conteniendo los nombres de los héroes, recuerda al visitante aquella epopeya.

Pero si en todo tiempo ha sido Chapultepec objeto de los cuidados de las autoridades, jamás se habían emprendido allí las obras de ampliación y ornato en tan grande escala como en la actualidad. El Gobierno ordenó se ensanchara el bosque por todos

lados, haciendo grandes plantaciones de árboles, bien dirigidas, magníficas y nuevas calzadas, prados, jardines, etc., todo en extensiones tan considerables, que no lo dudamos, cuando las nuevas arboledas alcancen su desarrollo, ningún bosque urbano de la América, y ni el mismo de Bologne en Europa podrá superar en hermosura y grandiosidad al de Chapultepec.

Fué éste el sitio en que las primeras familias de los mexicanos, desnudas y bárbaras, vinieron, temblando de pánico á esconderse de los reinos poderosos. Hoy aquel lugar de refugio es el más espléndido para el recreo de los descendientes de aquellas familias. Hoy se respiran ahí las brisas de la libertad, entre los coros melodiosos de las aves, que parecen cantar su himno delicado y perenne al genio de la nación que ha sabido elevarse desde mísera cuna, perdida entre los juncos del lago, hasta las cimas gloriosas del progreso.

Templo de Tlaltelolco.— En el extremo opuesto del barrio de su nombre, levántase el templo y ex-colegio de Tlaltelolco, de que ya hemos hablado. La importancia histórica de la ciudad, que anexa á la de México fué su rival en grandeza y quizá superior en movimiento mercantil, no permite olvidar el actual barrio de Santiago Tlaltelolco al tratar de los sitios históricos.

El templo, incluido hoy en la prisión militar, fué erigido bajo la dirección del sabio historiador Fray Juan de Torquemada, en el mismo terreno en que se hallaban el templo y famosísimo mercado de Tlaltelolco; es decir, en el centro mismo de aquella ciudad, último baluarte en que los mexicanos combatieron con los conquistadores durante el sitio de México. Mucho tiempo después de la conquista, Tlaltelolco permanecía aún poblado por indios; pero á causa de la inundación acaecida en 1604, comenzó á despoblarse hasta quedar convertido en arrabal. El templo de que hablamos mide 75 varas de largo por 19 de ancho; ve al Occidente y carece de cúpula. En el centro de la plaza á que da frente estuvo erigido el templo de los tlaltelolcos, dedicado á Huitzilopochtli, sobre el cual templo colocaron los españoles un gran cañón para batir á los sitiados. Tlaltelolco es uno de los sitios más históricos que hay en la ciudad.

Otros sitios históricos.—El Portal de Mercaderes y la manzana de que es lado oriental, ocupa el sitio en que se hallaba el *Cuicacalli*, ó sea conservatorio de canto y baile, de que ya hemos tratado. La *Casa de las Fieras* estuvo en lo que después fué convento de San Francisco, del que sólo queda actualmente el templo. La *Casa de las Aves* correspondió al sitio en que está erigida la iglesia de Santa Teresa y casas adyacentes. En el lugar llamado *Yacatlulco*, junto á la actual iglesia de Santa Ana, estaba el palacio en que permanecieron Cuauhtemoc y Mazahuatzin cuando comenzó el ataque á Tlaltelolco. La casa ó *Palacio de Cuauhtemoc*, último emperador azteca, hallábase en la calle del Factor, que aun después de tomada y reedificada la ciudad por los españoles, se llamó calle de Guatemus. El lugar en que García Olguín aprehendió á Cuauhtemoc, último acto militar del sitio de México, es el que corresponde á lo que hoy se llama el *Puente del Clérigo*, entre la Garita de Peralvillo, la Plaza de Santiago Tlaltelolco y el Puente de Amaxac. El gran *Mercado de Moyotlan* se hallaba en el espacio que hoy ocupa el Mercado de San Juan.

En la esquina oriental del Puente de la Mariscala había una gran cortadura de la calzada que conducía á Tlacopan. La célebre *Noche Triste* llegaban ya los españoles

á ese lugar, muy cautelosos y silenciosos, cuando una india que salía á coger agua de la zanja observó lo que pasaba, y dando grandes voces despertó á los guardias, quienes pasaron aviso al gran vigía instalado en el templo. Debióse á una mujer, pues, la oportuna concurrencia de millares de aztecas que emprendieron con los fugitivos la terrible batalla en que tantos perecieron. Por mucho tiempo se creyó que en la cortadura de la misma calzada, que existía adelante de San Hipólito, Pedro de Alvarado, para salvar la zanja clavó su lanza en el fondo y dió un salto á la otra parte. Con motivo de esa tradición, ya completamente destruida, se llama hoy la calle que corresponde á aquel sitio, de Alvarado ó Salto de Alvarado.

Aun quedan otros sitios históricos que mencionar; pero á fin de no duplicar nuestros apuntes, nos referiremos á ellos al ocuparnos de los edificios y de los alrededores de México.

